

La Corona de Adviento



La Corona de Adviento con la que solemos adornar nuestros hogares, proviene originalmente de una costumbre pagana que se realizaba en invierno, en honor del dios-sol. Tenía como fin obtener que el sol volviera con su luz y calor durante la estación invernal. Posteriormente, los cristianos luteranos adoptaron este símbolo para expresar su fe en torno al Hijo de Dios, Vida y Luz del mundo.

Cabe señalar que se trata de una auténtica celebración para-litúrgica. Cada uno de los materiales que integran la corona tienen un significado articular. La corona, formada con ramas de pino, abeto, hiedra u otro follaje verde representa la eternidad de Dios que no tiene principio ni fin. El color verde simboliza la esperanza de la vida y respecto al Adviento, tiene el significado de un tiempo especial de crecimiento espiritual y gracia santificante.

Las cuatro velas, colocadas entre las ramas y a una misma distancia, representan cada una de las semanas de Adviento. Generalmente son de color rojo aunque también se usan en tono violeta, color litúrgico del Adviento, simbolizando el tiempo de penitencia y de esperanza gozosa. La luz de las velas nos recuerda que Cristo vino al mundo para ser nuestra Luz y nuestro Camino. Cada domingo se enciende una vela diferente y este acontecimiento es momento propicio para reunir a la familia y hacer oración, entonar villancicos, dar gracias a Dios y meditar en el significado del Nacimiento de Jesús.

A continuación presentamos algunas reflexiones para las meditaciones de cada domingo. El objetivo es prepararle un Belén a Jesús en nuestro corazón y están basadas en las Meditaciones para Navidad de Monseñor Luis M. Martínez, Arzobispo Primado de México. Cada domingo, el padre o la madre deberán leer en voz alta la meditación que se propone o alguna otra que sea apropiada para la ocasión. Al término de la misma se rezará un Padrenuestro, Ave María, Gloria al Padre y el Credo.

Primer Domingo — Un pesebre para Jesús



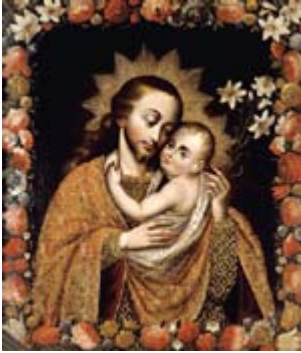
Para que Jesús naciera en la tierra, el Padre no buscó un palacio sino que prefirió un lugar muy humilde, un pesebre dentro de una gruta oscura, sucia, maloliente y que era morada de animales. Reflexionemos brevemente en esta extraña elección...

Nuestro corazón es muy semejante a la gruta de Belén — estrecho, lleno de miserias y pobrezas. Pero a pesar de ello, Jesús quiere nacer ahí y lo único que nos pide es buena voluntad y que estemos dispuestos a purificar nuestro interior. Para ello necesitamos ser humildes, el pesebre es signo de humildad.

Pidámosle a la Virgen María y a San José que nos ayuden a limpiar la gruta de nuestro corazón y colocar ahí un pesebre, formado de amor, sacrificio y oración. En esta semana, hagamos el propósito de

acudir al Sacramento de la Reconciliación.
Padrenuestro, Ave María, Gloria al Padre y Credo

Segundo Domingo — La fidelidad de San José



El Padre Celestial quiso poner en buenas manos a Jesús y para ello le preparó a un San José, hombre justo, prudente, puro de corazón, temeroso de Dios y con una obediencia perfecta. Todas esas virtudes tuvo San José y todas ellas se resumen en una sola: fidelidad.

La fidelidad consiste en no apartarse ni un milímetro de la voluntad de Dios. San José vivió esa fidelidad hasta el heroísmo, cumplió la voluntad del Padre con perfección, en silencio, sin murmurar, con humildad. Y nosotros, ¿somos capaces de cumplir la voluntad de Dios sin chistar? ¿Buscamos cada día de nuestras vidas el querer del Padre? Para que Jesús nazca en nuestro corazón, además de la humildad del pesebre, necesitamos ofrecerle una fidelidad semejante a la de San José. Sólo así, el Padre Celestial podrá confiarnos a Jesús, porque estará seguro de que vamos a cuidarlo como el más grande tesoro.

Durante esta la semana, intentemos reconocer la voluntad de Dios en todos los acontecimientos de nuestra vida. Seamos fieles en medio de cualquier vicisitud. En todo momento y ante cualquier situación digamos, “Yo amo a Dios en todo.”

Padrenuestro, Ave María, Gloria al Padre y Credo

Tercer Domingo — Un corazón maternal



Ya tenemos el pesebre, ya tenemos a San José. Pero nos falta un detalle indispensable para que Jesús venga a nacer en nuestro corazón: un regazo maternal. Bien sabía el Padre Eterno que el Niño Dios necesitaba de un corazón tierno, humilde, olvidado de sí mismo, dispuesto a cualquier sacrificio. Por eso le preparó el Corazón de María.

Así pues, también nosotros debemos proporcionarle a Jesús la ternura y el calor que encontró en María y que seguramente hicieron que no echara tanto de menos la ternura y el calor de Su Padre Celestial.

El amor maternal es un reflejo del amor de Dios — amor sin medida, amor de entrega, amor que no pide ni espera nada de Sus hijos. Si se lo pedimos, Dios mismo puede ponerlo en nuestro corazón. Durante toda la semana trabajemos en nuestro corazón para que María pueda prepararlo en el amor. Estemos dispuestos a darle a Jesús un amor maternal, delicado, tierno y desinteresado como sólo puede ser el amor de una madre.

Comencemos por amar primero a cada uno de los miembros de nuestra familia y así podremos amar a todos los demás. Pidámosle a María que nos enseñe a crecer en el amor.

Padrenuestro, Ave María, Gloria al Padre y Credo



Cuarto Domingo — Los Angeles y los Pastores

Ya tenemos dispuesto el Belén: la humildad del pesebre, la fidelidad de San José y el corazón maternal de María. ¡Estamos a la espera gozosa de que llegue el Salvador! Hoy, demos gracias a Dios por enviarnos de nuevo a Su Hijo Jesús. Propongámonos transformar nuestras vidas una oblación de amor y acción de gracias a Dios por todas las cosas buenas que El nos da.

Es cierto que Jesús viene de una manera especial en Navidad. Pero El quiere hacer de todos nuestros días una Navidad. Pidámosle a Dios que nos conceda que cada obras, cada palabra, cada latido de nuestro corazón se conviertan en un acto de amor que dé testimonio pleno de la venida de Jesús a la Tierra.

Así, con un corazón abierto y humilde, la voluntad de ser fieles hasta el último día de nuestras vidas, el deseo de amar a Jesús con un corazón maternal lo único que nos falta son los ángeles. Pues bien, Dios mismo se encargará de enviarlos esa noche bendita y ellos nos ayudarán a cantar: "Gloria a Dios en las alturas y paz en la Tierra a los hombres que ama el Señor."

Padrenuestro, Ave María, Gloria al Padre y Credo

[Imprimir esta pagina](#)